

La hegemonía cultural hoy: la hegemonía como método analítico en los estudios culturales.

Today's Cultural Hegemony: The hegemony as analytical method in cultural studies

Eugenio Enrique Cortés Ramírez^a

Recibido 22-05-2014 / Aprobado 25-11-2014



Resumen

Desde el Renacimiento, la Hegemonía Cultural como método analítico ha sido el reto con el que ha intentado imponerse otro escenario para que los menos representados puedan tener lugar. Fue Antonio Gramsci quien intentó dar un giro hasta este concepto. Pero dentro de los debates internos ideológicos, este reto se ha convertido en el reto por el reto. Este artículo trata de revelar esta polémica y el desafío a través de la filosofía.

Palabras clave: Hegemonía Cultural, Gramsci, Método, Intelectual, Reto.

Abstract

Since the Renaissance, Cultural Hegemony as an analytical method has become a challenge when trying to impose another scenario for the Less-represented. Antonio Gramsci questioned the concept. But within the internal ideological debates, this challenge has become the challenge for the challenge's sake. This paper attempts to reveal not only this controversy but also this challenge through Philosophy.

Key Words: Cultural Hegemony, Gramsci, Method, Intellectual, Challenge.

1. ¿Por qué la hegemonía como método?

A lo largo de diferentes reflexiones en el curso de la Historia, el concepto de Hegemonía ha cobrado diversas formas. Todo cuanto estas formas han tenido en común ha sido la renovación de la conciencia crítica como clave para la construcción de un nuevo marco de convivencia. Por esta razón, y en palabras de Antonio Gramsci, la hegemonía era un proceso donde los subalternos¹ (Spivak, 1985: 120-130; Nelson & Grossberg, 1988: 271-313) debían de imponer otro escenario para no devenir, de manera irremediable, en la misma estructura social anterior. Un ejemplo clarificador, aunque un tanto triste, fue aquello en lo que se convirtió la experiencia de la Revolución Rusa.

¹ Este concepto, acuñado por Antonio Gramsci, ha sido desarrollado ejemplarmente por la profesora de origen hindú Gayatri Chakravorty Spivak en su artículo "Can the Subaltern Speak?", *Wedge*, 7.3, (1985), pp. 120-130.

Pero la hegemonía de un grupo social es la cultura que dicho grupo ha generado para otros grupos sociales. Puede ser comprobado que la noción de hegemonía es idéntica a la de cultura, pero con algo más. Mediante su aportación, la cultura incluye de manera necesaria una distinción específica de poder, de jerarquía y de influencia. A finales del siglo XX, Edward W. Said afirmaba que mediante el uso de este espíritu crítico como dirección política, cultural, moral e ideológica podemos apreciar cómo el *Orientalismo Estratégico* de Richard Francis Burton y Thomas Edward Lawrence se convierte en un *Orientalismo Dialéctico*, siguiendo las definiciones del *Orientalismo* elaboradas por Said (Said, 1995: 7-9; Turner, 1999: 167-169; Vega, 2003; Cortés-Ramírez, 2012: 11-15). Y este *Orientalismo Dialéctico* cobra forma de *discurso* mediante el *Orientalismo Académico* a través de sus obras. Para poder hacer este tránsito desde el *Orientalismo Dialéctico* hacia el *Académico*, se

^a Doctor de la Universidad de Castilla-La Mancha. Departamento de Filología Moderna.
Correo electrónico: EugenioE.Cortes@uclm.es

produce a través del despertar de la conciencia crítica. Y la conciencia crítica despierta mediante la noción de hegemonía. Y esta noción de Gramsci acerca de una *reforma moral e intelectual o hegemonía*, se basa en la primacía de la subjetividad para la elaboración de un método global de estudio humanístico. Y Edward W. Said acepta este reto de elaborarlo.

Esta acepción del concepto de hegemonía como método cultural, comienza a ser conocido mediante la toma de conciencia de Sir Richard Francis Burton y del Coronel Thomas Edward Lawrence, su epígono orientalista más brillante y representativo. Según Edward W. Said, todo aquello que tiene que ver con la historia humana tiene sus raíces en la tierra (Said, 1993: 247). Esto significa que no sólo debemos pensar en el hábitat. Pero tampoco debemos olvidar que existen pueblos que planean poseer más territorio y, por lo tanto, deben hacer algo con los residentes nativos que lo pueblan.

En un primer intento de aproximación, podemos decir que, hablar de imperialismo, supone pensar en establecerse y en controlar tierras que no se poseen, y que, además, son lejanas. Están habitadas y pertenecen a otros. Por razones de muy amplia diversidad, esta situación provoca un doble sentimiento, no sólo contradictorio, sino también antagónico. Por una parte, puede ser comprobado cómo esta situación atrae a algunos pueblos y despierta su vocación colonialista. Aunque, por otra, conlleva una fuente inagotable de sufrimientos para los colonizados. Tal y como Edward Said ha afirmado en su obra *Orientalism*, el sufrimiento del pueblo es el efecto directo producido por el intercambio cultural entre socios que tengan conciencia de la desigualdad de tal intercambio.

Todo este universo que se capta y ordena a través del poder representado, es transformado en producciones literarias donde puede apreciarse la pasión por Oriente. Y esta pasión tampoco puede ser comprendida si prescindimos del origen de su nacimiento. Ésta pasión nace como consecuencia del choque producido entre el Occidente colonizador y el Oriente colonizado. Esta pasión

genera, tanto en Oriente como en Occidente, un efecto de *contaminatio* o impregnación. De este modo, Oriente se impregna, mediante la dominación política de Occidente, de su filosofía. Y con ello, de la justificación filosófica de esta invasión. Y Occidente de la religiosidad transmitida por Oriente en este proceso. Oriente comienza a racionalizar su sentimiento y Occidente comienza a sensibilizar su pensamiento. Esta pasión surgida de este roce tiene como consecuencia más inmediata, el continuo renacer tanto de un pensamiento de autocritica en Occidente como de un pensamiento de resistencia en Oriente.

Desde tiempos inmemoriales, la historia humana es la historia del intercambio cultural surgido de una situación imperialista. La historia de Oriente es la historia del paso gradual de las religiones orientales hacia Occidente y de las ideas filosóficas de Occidente hacia Oriente. Un gran número de habitantes, tanto del denominado mundo occidental o mundo metropolitano como del antiguo mundo colonizado o Tercer Mundo, comparte la opinión de que la era del imperialismo clásico o alto ha seguido ejerciendo una considerable influencia cultural en nuestros días². Por esta serie de razones, todas estas personas sienten una nueva necesidad de volver a comprender tanto aquello que está concluido como aquello que está todavía pendiente en el pasado. Mediante el espíritu crítico, apreciamos como el Orientalismo Estratégico de Burton y Lawrence se convierte en un Orientalismo Dialéctico, al seguir las definiciones del Orientalismo elaboradas por Said. Y este Orientalismo Dialéctico cobra forma de discurso mediante el Orientalismo Académico a través de sus obras. Para poder hacer este tránsito desde el Orientalismo Dialéctico hacia el Académico, se produce a través del despertar de la conciencia crítica. Y la conciencia crítica

² Según el historiador marxista de origen británico Eric Hobsbawm (1917-2007), esta era llegó a su máximo esplendor durante la denominada *era del imperio* y su declive se produjo con el desmantelamiento de las grandes estructuras coloniales al final de la Segunda Guerra Mundial. (Hobsbawm, 1987: 35-52).

despierta mediante la noción de hegemonía. Esta noción de Gramsci acerca de una “reforma moral e intelectual” (hegemonía) se basa en la primacía de la subjetividad para la elaboración de un método global de estudio humanístico. Edward W. Said aceptó el reto de elaborarlo. Pero antes de haber sido recibida por Said, deberíamos contemplar cuál ha sido el devenir de esta idea desde su génesis hasta su reivindicación defendida por Antonio Gramsci.

2. Hegemonía o el devenir de un método.

El término hegemonía deriva del griego *eghesthai*, que significa “conducir”, “ser guía”, “ser jefe”; o tal vez del verbo *eghemoneno*, que significa “guiar”, “preceder”, “conducir”, y de donde deriva “estar al frente”, “comandar”, “gobernar”. El Griego Clásico entendía como *eghemonia* la dirección suprema del ejército. Se trata de un término militar. *Egemone* era el conductor, el guía y también el comandante del ejército. En el tiempo de la guerra del Peloponeso, se habló de la ciudad “hegemónica”, a propósito de la ciudad que dirigía la alianza de las ciudades griegas en lucha entre sí.

La noción de hegemonía, antes de haber sido adoptada por Antonio Gramsci, estuvo sometida a una larga historia previa, cuya gran importancia ha sido vital para llegar a poder comprender su influencia inmediata en el seno de los *Cultural Studies*: Más de cien años después, la noción de lo nacional-popular de Antonio Gramsci fue concebida como parte de un esfuerzo para recuperar la operación de clase hegemónica al servicio del proletariado. Para Gramsci, lo nacional-popular es la rúbrica bajo la cual los intelectuales podrían unirse con el pueblo, y por ello, un recurso poderoso para la construcción de una hegemonía popular (Gramsci, 1975: 13-20; Asor, 1976). Edmund Wilson nos cuenta que el término *gegemoniya* o hegemonía, fue una de las consignas políticas más importantes en el movimiento socialdemócrata ruso desde finales de 1908 hasta 1917 (Wilson, 1940: 28-32).

Esta idea apareció por primera vez en los escritos de Georgui Valentinovitch Plejánov³ entre

³ Gueorgui Valentinovich Plejánov (1856-1918) fue uno de los primeros marxistas rusos, destacado propagandista del marxismo, notable figura del movimiento socialdemócrata ruso e internacional. Las concepciones económico-sociales de Plejánov siguieron una compleja evolución. El período más importante de su vida es aquel en que renunció a la ideología populista e hizo suyas las posiciones ideológicas del marxismo. En los trabajos “El socialismo y la lucha política” (1883) y “Nuestras divergencias” (1885), Plejánov sometió a análisis crítico el programa económico de los populistas y puso de manifiesto la inconsistencia de sus afirmaciones en el sentido de que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia. Con gran profusión de datos, demostró que el capitalismo ruso ya existía y se desarrollaba según las leyes que le eran inherentes. Analizó y criticó la tesis relativa a los “fundamentos socialistas” de la comunidad rural rusa y a los “instintos comunistas” del campesino al desenmascarar la utopía reaccionaria pequeñoburguesa de los populistas sobre la posibilidad de que Rusia llegara al socialismo evitando el capitalismo. Plejánov era un excelente conocedor de la teoría económica marxista, un agudo crítico de la economía política burguesa. No obstante, a pesar de su concepción marxista de los problemas más importantes de la economía política, incurrió en serios errores en algunos problemas, en particular en los relativos al precio de producción a la diferencia entre la economía mercantil simple y la capitalista, y era partidario de la ley de bronce” del salario expuesta por Lassalle. Plejánov criticó a los representantes de la economía política burguesa vulgar, luchó contra las corrientes bernsteinianas el revisionismo en el movimiento obrero mundial de fines del siglo XIX y comienzos del XX. La actividad teórica y práctica de Plejánov dio comienzo al período marxista en el desarrollo del pensamiento económico-social de Rusia, desempeñó un importante papel en la educación política y en la lucha revolucionaria de la clase obrera. Hacia 1903 comienza el período menchevique de Plejánov y su alejamiento del marxismo. Después de reconocer que el capitalismo existía en Rusia, Plejánov no investigó las peculiaridades del capitalismo ruso en su desarrollo, que se producía a la vez que se conservaban supervivencias de las relaciones feudales, no dedicó especial estudio a las relaciones agrarias, permaneció al margen de los problemas del imperialismo. Plejánov no creía en el papel revolucionario del campesinado como aliado del proletariado en el movimiento de liberación, sobrevaloraba el papel de la burguesía liberal. Frente a la Revolución de Octubre, Plejánov mantuvo una posición negativa, mas no quiso actuar contra la clase obrera y se retiró de la actividad política. Lenin criticó las ideas oportunistas de Plejánov, sin que ello fuera óbice para que señalara los grandes méritos de este último como autor de varios trabajos excelentes con los cuales se educaron los marxistas rusos.

1883 y 1884. Mediante estos escritos, Plejánov insistía en la imperiosa necesidad de la clase obrera rusa por emprender una lucha política contra el zarismo. Y no solamente una lucha económica contra sus patrones. En su programa fundacional del Grupo de Emancipación del Trabajo de 1884, Plejánov argumentaba que la burguesía en Rusia era todavía demasiado débil para tomar la iniciativa en la lucha contra el absolutismo. Por esta razón, era la clase obrera organizada quien debía tomar las consignas de la revolución democrático-burguesa. Plejánov comenzó a utilizar en estos textos el término antiguo de *gospodstvo* o dominación para definir el poder político, donde, apoyada por el proletariado, la burguesía surgiría por fin como clase dirigente tras una revolución.

Pero en 1889, el pensamiento de Plejánov sufre una evolución. Es cierto. Su idea había cambiado algo. Ahora, la libertad política deberá ahora ser conquistada por la clase obrera o nunca lo sería. Deberá ser conquistada, pero sin poner en duda al mismo tiempo la dominación esencial del capital en la Rusia zarista.

En la siguiente década, su colega Pavel Borisovitch Axelrod (1850–1928) fue todavía más lejos. En dos importantes folletos escritos durante 1898, donde polemizaba contra el economicismo⁴,

⁴ *Economicismo* es un término utilizado para criticar el reduccionismo económico, que es la reducción de todos los hechos sociales a dimensiones económicas. También es usado para criticar la economía como una ideología, en el cual la oferta y la demanda son los únicos factores importantes en toma de decisiones, y literalmente sobrepasa o permite ignorar todos los otros factores. Esta corriente oportunista surgió en la filosofía de la socialdemocracia rusa a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Los denominados economicistas procuraban circunscribir los objetivos del movimiento obrero a la mera lucha económica, con medidas como mejora de las condiciones de trabajo, elevación de salarios, entre otras. Según esta filosofía, la lucha política era tarea de la burguesía liberal. Los economicistas negaban el papel del partido, de la clase obrera y su teoría revolucionaria, exaltaban la espontaneidad del movimiento obrero. Como variedad del revisionismo, el economicismo servía de medio conductor de la influencia burguesa sobre el proletariado. La difusión del economicismo obstaculizaba la creación de un partido proletario centralizado. El periódico leninista *Iskra* (La

Axelrod manifestó dos posiciones. Por una parte, defendía que la clase obrera rusa estaba obligada a desempeñar un papel independiente y dirigente en la lucha contra el absolutismo. Desde esta posición, el proletariado debería surgir como líder indiscutible de la democracia. En esta posición, el propio Axelrod se estaba debatiendo aún entre atribuir un papel *independiente* o un papel *dirigente* al proletariado. Por otra, Axelrod concedía una credibilidad un tanto generosa a la oposición acomodada al zarismo, como detonadora inmediata de una revolución burguesa.

Más tarde, su creencia en el proletariado como líder de una revolución de carácter nacional, aumentó de modo positivo. Por esta razón, y de ahora en adelante, el proletariado sería el líder indiscutible de la revolución burguesa que debía de tener lugar en la Rusia *fin de siècle*. En una carta escrita en 1901, y dirigida al economista Piotr Bergandovich Struve (1870–1944)⁵, eran

chispa) llevó a cabo una labor ingente para poner al desnudo la inconsistencia del economicismo. La derrota ideológica de dicha corriente fue conseguida por Lenin mediante su obra *¿Qué hacer?*, publicada en 1902.

⁵ Piotr Bergandovich Struve (1870-1944) fue un economista ruso de corte liberal. Se autoproclamó “marxista legal” durante la última década del siglo pasado. Más tarde, se declaró abiertamente contrarrevolucionario. Durante los años de la guerra civil, fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno liberal-burgués de Denikin, desde donde criticó a los populistas en su obra *Observaciones críticas acerca del desarrollo económico de Rusia*, escrita en 1894. Para ello procuró utilizar el marxismo al tergiversarlo en el sentido de un revisionismo vulgarizador. Como indicó Lenin, se trataba del reflejo del marxismo en las publicaciones burguesas. Struve fue un inequívoco defensor del capitalismo, del que veía sólo el aspecto progresivo y no quería reconocer sus contradicciones y vicios. Enemigo de la revolución socialista, le oponía la adaptación evolutiva de las relaciones jurídicas, a las que reducía erróneamente las relaciones de producción, a una economía que se modifica mediante reformas. Ferviente enemigo del socialismo, Struve atacó la teoría marxista del valor con el propósito de impugnar la demostración científica de que el capital explota al trabajo. Escribió acerca de la “inutilidad” del concepto de valor, negó que sólo el trabajo vivo crea el valor, intentó demostrar que el incremento del plusproducto depende en mayor grado del capital constante que del capital variable, etc. Struve negaba la ley general de la acumulación capitalista y la depauperación de la clase obrera

separadas, por primera vez, las perspectivas socialdemócratas de las liberales en Rusia. Aquí fue donde Axelrod estableció que el proletariado, en función de su compromiso histórico, como líder de la socialdemocracia rusa, puede conseguir la hegemonía en la lucha contra el absolutismo. La joven generación de teóricos marxistas adoptó este concepto de modo inmediato.

También durante 1901, Julius Martov escribió en un artículo polémico que la lucha entre los marxistas críticos y ortodoxos es verdaderamente el primer capítulo de una lucha por la hegemonía política entre el proletariado y la democracia burguesa (Martov, 1901: 190). En aquel momento, Lenin pudo haberse referido en una carta escrita a Plejanov a la versión de hegemonía defendida por la socialdemocracia como el único medio eficaz de preparar una *verdadera hegemonía* de la clase obrera en Rusia (Lenin, 1981: 56). Por esta razón, Plejanov y Axelrod insisten en que la vocación de liderazgo de la clase obrera debe de adoptar tanto una orientación totalmente nacional hacia la política, como una lucha por la liberación de todas las clases y grupos oprimidos de la sociedad. En 1902, Lenin desarrollará esta consigna con una elocuencia y un punto de vista completamente nuevos en su ensayo político *¿Qué Hacer?* Este texto fue leído y aprobado previamente por Plejanov, Axelrod y Potresov⁶, y acababa con una defensa urgente de la creación del

como ley del capitalismo, propagaba la teoría de la “difusión de las riquezas” y el malthusianismo. En el libro “Economía y precio” (1913), Struve mantiene por completo principios subjetivistas vulgares, se muestra dispuesto a “desechar a todos los clásicos y todas las leyes” (V. I. Lenin) porque éstas son las leyes del inevitable hundimiento del capitalismo.

⁶ Alexander Nicolaievitch Potresov (1869–1934), fue miembro dirigente del partido menchevique y uno de los fundadores del movimiento socialdemócrata en Rusia, junto con Plejánov, Axelrod y Vera Zassoulitch. En 1900, colabora en la fundación del diario marxista *Iskra*, junto con Lenin y Julius Martov. Su mayor aportación política consistió en una autocrítica elaborada en el seno del partido menchevique donde acusó a sus camaradas de rehusar ejercer una resistencia activa en contra del partido bolchevique. Su argumento estaba basado en que la resistencia activa impediría la vuelta al poder de elementos reaccionarios.

periódico revolucionario que iba a ser *Iskra*⁷.

La consigna de la hegemonía del proletariado en la revolución burguesa fue pues un patrimonio político común creado tanto para bolcheviques como para mencheviques en el Segundo Congreso del POSDR, celebrado en 1903. Tras la escisión, Potresov escribió un artículo en el diario *Iskra*, donde acusaba a Lenin de primitivismo en su concepción de la idea de hegemonía. Lenin hizo una breve exposición de esta idea para los socialdemócratas en su referido ensayo escrito *¿Qué hacer?* (Lenin, 1981a: 1–203), escrito en 1902. Mediante este artículo, Lenin instaba a los socialdemócratas a introducir este concepto en la clase obrera. Potresov se quejaba de que la gama de clases sociales contemplada por Lenin en el movimiento socialdemócrata era demasiado amplia. Al mismo tiempo, Potresov criticaba a Lenin por lo perentorias que eran el tipo de relaciones planteadas entre las clases sociales integradas en el movimiento socialdemócrata y el proletariado. Según Potresov, estas relaciones eran perentorias porque Lenin predicaba una asimilación imposible entre todas las clases integradas en el movimiento socialdemócrata, en vez de defender una alianza entre todas ellas, como primer estadio para lograr

⁷ *Iskra*, que en Ruso significa la Chispa, fue un periódico político de los emigrantes socialistas de Rusia. La primera edición fue publicada en Leipzig en 1900. Otras ediciones fueron publicadas en Munich, Londres y Ginebra. En 1903 el periódico estaba dirigido por los mencheviques y fue publicado hasta 1905. La media de tirada fue de 8.000 ejemplares. El lema de *Iskra* era “Из искры возгорится пламя” (“De una chispa el fuego se reavivará”), una línea de la respuesta que el crítico Vladimir Odoevsky (1803 – 1869) escribió en contra del poema que Alexander Pushkin había compuesto al movimiento Decembrista, cuya mayor parte de sus miembros estaban prisioneros en Siberia. Más tarde, varios miembros de su equipo directivo se implicaron en la Revolución Bolchevique de Octubre de 1917. El movimiento Decembrista estaba encabezado por revolucionarios rusos, surgidos de la nobleza, organizadores de la sublevación que estalló en diciembre de 1825 contra la autocracia y el régimen de servidumbre. Al referirse a la etapa nobiliaria del movimiento de liberación en Rusia, Lenin señaló a los Decembristas y al filósofo Alexander Herzen (1812 – 1870) como los representantes más notables de esta.

una alianza final con el proletariado. Potresov sostenía que la estrategia correcta para conquistar la hegemonía para la clase obrera, plantearía una desviación externa hacia los liberales demócratas, y no una integración de los elementos inestables y desfavorecidos de la sociedad, como son los disidentes o los estudiantes, cuya autonomía organizativa estaba siendo cuestionada. Lenin, por su parte, acusó pronto a los mencheviques de abandonar el concepto, por su aceptación tácita de la dirección del capital ruso en la revolución burguesa contra el zarismo. Su llamamiento a una dictadura democrática del proletariado y el campesinado en la revolución de 1905, estaba precisamente destinado a dotar de una fórmula gubernamental a la estrategia tradicional, a la que seguía siendo fiel.

Tras la derrota de la revolución de 1905, Lenin denunció de manera vehemente a los mencheviques por su abandono del concepto de hegemonía en toda una serie de importantes artículos. En estos escritos, Lenin reafirmó sin descanso el carácter imprescindible del concepto de hegemonía en las tesis políticas defendidas por todo marxista revolucionario. Según Lenin, las tareas democrático-burguesas no habían sido cumplidas, por lo que seguía siendo inevitable una solución revolucionaria. También defendió que las tareas del proletariado que se desprenden de esta situación están completa e inequívocamente definidas. Como única clase consistentemente revolucionaria de la sociedad contemporánea, la hegemonía debía de ser el axioma dirigente en la lucha de todo el pueblo por una revolución totalmente democrática, en la lucha de todo el pueblo trabajador y explotado contra los opresores y explotadores. El proletariado es revolucionario sólo en la medida en que es consciente y hace efectiva la idea de la hegemonía del proletariado (Lenin, 1981b: 231-232).

Los escritores mencheviques alegaban que el zarismo, desde 1905, había efectuado una transición del estado feudal al capitalista. Por esta razón, afirmaron que proclamar la hegemonía del proletariado era una tarea obsoleta, porque la

revolución burguesa ya se había realizado en Rusia mediante esa transición. La respuesta de Lenin fue fulminante, y marcará un antes y un después en la teoría sobre la hegemonía.

Para Lenin, afirmar que no es la hegemonía, sino un partido de clase lo que necesita el proletariado, significa traicionar la causa del proletariado en favor de los liberales. Significa predicar que la política obrera socialdemócrata debe ser reemplazada por una política obrera liberal. Renunciar a la idea de hegemonía es la forma más cruda de reformismo en el movimiento socialdemócrata ruso (Lenin, 1981b: 789). Mediante estas polémicas, fue también donde Lenin contrapuso de manera insistente, una fase hegemónica a otra *gremial* o *corporativista* dentro de la política proletaria. Desde su punto de vista del marxismo, la clase, en la medida en que renuncia a la idea de hegemonía o no la toma en consideración, no es una clase, sino un gremio, o la suma total de varios gremios. Es la consciencia de la idea de hegemonía y su aplicación a través de sus propias actividades lo que convierte a los gremios en su conjunto en una clase (Lenin, 1981b: 58). No sólo fue el concepto de hegemonía fue uno de los más utilizados, sino también una de las nociones más familiares en los debates del movimiento obrero ruso antes de la Revolución de Octubre.

Tras la Revolución, este concepto cayó en desuso dentro del partido bolchevique debido a una buena razón. Acuñado para teorizar el papel de la clase obrera en el seno de una revolución burguesa, se convirtió en inoperante con el advenimiento de la revolución socialista. Como bien es sabido, el marco de una *dictadura democrática de los obreros y campesinos* que permaneciese dentro de los límites del capitalismo nunca llegó a materializarse. Testigo de estos hechos fue León Trotsky (1879–1940), quien en su *Historia de la Revolución Rusa*, escribió que en la revolución democrática, la ya entonces popular y aceptada idea de hegemonía del proletariado no implicaba en absoluto que un alzamiento campesino tuviera que ser utilizado a

la fuerza por la clase obrera con el fin de poder cumplir con su propia tarea histórica, que no es otra que la transición directa a una sociedad socialista. Esta concepción de la hegemonía del proletariado en el seno de la revolución democrática fue diferenciada tajantemente de la dictadura del proletariado, y considerada su antagónica. Tal fue la concepción que el Partido Bolchevique había defendido desde 1905. Además, en 1905, Trotsky nunca había creído que el programa de Lenin fuese viable entonces. Aunque, en 1917, Trotsky no podía saber que, a partir de este momento, resurgiría una contraposición polémica entre hegemonía y dictadura del proletariado dentro de un contexto que no dejaría de ser transformado hasta 1929 (Trotsky, 2007: pp.26-29).

Tras la Revolución de Octubre, el término hegemonía dejó de tener vigencia en la recién creada URSS. Sobrevivió, sin embargo, en los documentos externos de la Internacional Comunista. En los dos primeros congresos de la Tercera Internacional, Lenin adoptó una serie de tesis que por primera vez condujeron a la internacionalización del concepto de hegemonía bajo el prisma soviético. El deber del proletariado consistía en ejercer la hegemonía sobre los otros grupos explotados. Estos grupos, además, eran sus aliados de clase en la lucha contra el capitalismo dentro de sus propias instituciones soviéticas. De este modo, la hegemonía posibilitará la elevación progresiva del proletariado y del campesinado. Si no lograba dirigir a las masas trabajadoras en todos los terrenos de la actividad social, caería en el corporativismo, porque se confinaría tan sólo en sus propios objetivos económicos particulares. Si así lo hiciera, según Lenin y Trotsky, el proletariado industrial no podría cumplir su misión histórica mundial, que no era otra que la emancipación de la humanidad del sometimiento por parte del capitalismo y de la guerra.

Pero los miedos de Lenin y de Trotsky se convirtieron en realidad cuando, durante el Cuarto Congreso de 1922, se produce una transformación

del concepto. Por primera vez, el término hegemonía amplió sus límites semánticos para extenderse hacia la dominación de la burguesía sobre el proletariado. Si la burguesía consiguiese reducir al proletariado a un papel corporativo, le habría inducido a aceptar una división entre luchas políticas y económicas en el seno de su propia praxis. Para Lenin, la burguesía ha tratado siempre de separar lo político de lo económico, porque comprende muy bien que si consigue mantener a la clase obrera dentro del marco corporativo, ningún peligro serio puede amenazar su hegemonía (VVAA, 1969: 20).

3. Consolidación de la hegemonía como método por Antonio Gramsci.

Los debates que tuvieron lugar en el seno del Partido Social Demócrata con anterioridad a 1914, fueron archivados tras la Revolución de Octubre. Pero en 1922 se produjo un hecho sustancial para la evolución del concepto y consiguientes creación del método. En aquel momento, Antonio Gramsci viajó a Moscú para participar en el Cuarto Congreso, donde pasó una estancia de un año de duración. Durante aquel periodo, por una parte, es prácticamente improbable que obtuviera un conocimiento directo de los textos de Axelrod, Martov, Potresov o del propio Lenin, quienes debatieron sobre el rol de la hegemonía. Por otra parte, Gramsci conocía a la perfección las decisiones tomadas por Lenin en aquel momento, como participante en el Cuarto Congreso, en representación de Italia. Por esta razón, puede deducirse que la base del concepto de hegemonía viene establecida por los principios definidos por Lenin durante la Tercera Internacional.

Si volvemos a los textos propios de Gramsci, puede ser comprobado cómo a lo largo de los *Quaderni dal Carcere*, el término hegemonía se repite en una multitud de contextos diferentes. Pero no hay duda de que Gramsci partió de ciertas connotaciones constantes del concepto que dedujo de la tradición defendida por Lenin. Frente al racionalismo del marxismo clásico y su concepción

del desarrollo necesario de la historia de acuerdo a sus propias leyes, una de las primeras aportaciones de Gramsci a este concepto es el planteamiento del tema de la contingencia dentro de la historia, lo que consitituye de esta manera un aporte fundamental para reflexionar acerca de nuestra compleja realidad.

Porque en un primer momento, Lenin refiere el término en su obra a la alianza de clase del proletariado con otros grupos explotados, el campesinado sobre todo, en lucha común contra la opresión del capital. Por esta razón Lenin, apoyado por León Trotsky y por Nadia Kruskaya, sienta las bases para elaborar una Nueva Política Económica⁸

⁸ La Nueva Política Económica (NEP), fue propuesta por Lenin durante el X Congreso del PCUS. Fue diseñada como una política de liberalización económica. Y fue aplicada de forma temporal desde marzo de 1921 hasta enero de 1929, si bien en 1928 prácticamente había finalizado su aplicación. La NEP (siglas rusas de *Nóvaia Ekonomícheskaia Polítika*) fue adoptada para reactivar la economía, incrementar la producción de alimentos y favorecer la creación de empresas después de varios años de guerra civil. Fue concebida como una pausa dentro del proceso de construcción del socialismo en el Estado soviético. A principios de la década de 1920, la economía soviética atravesaba una grave crisis a causa de la Guerra Civil, que había dado comienzo en 1918, y las duras medidas impuestas por el comunismo de guerra (1918-1921), la política económica que reemplazó la economía de libre mercado por una estructura económica de corte militar. El volumen de producción de 1920 representó menos de una séptima parte del nivel obtenido antes de la Revolución Rusa de 1917; además, la escasez de las cosechas de grano de 1920 y 1921 ocasionó una hambruna en la que fallecieron cerca de cinco millones de personas. La NEP fue introducida por Lenin en marzo de 1921 para revitalizar la economía del país mediante la liberalización del comercio y la producción agrícola e industrial. El gobierno, en vez de requisar el excedente de producción agrícola, permitía a los campesinos vender sus productos en un mercado abierto después de pagar un impuesto proporcional a su producción neta. A los agricultores se les permitía arrendar tierras y contratar mano de obra, lo cual estuvo prohibido durante el periodo de aplicación del comunismo de guerra; se privatizaron las pequeñas y medianas empresas, mientras que el Estado seguía siendo el propietario de los llamados intereses principales: las finanzas, el transporte, la industria pesada y el comercio exterior. El uso del dinero, que había sido sustituido por un sistema de trueque, cuotas y mandatos, se reintrodujo en 1921. La economía soviética creció rápidamente bajo la NEP y hacia 1928 la producción agrícola, la industria y el transporte habían superado los niveles del periodo prerrevolucionario.

(NEP). Estando de acuerdo con la realidad que había sido definida por Lenin en su NEP, Gramsci insistió en la necesidad de concesiones y sacrificios del proletariado a sus aliados para conquistar la hegemonía sobre ellos, por lo que extendió con ello la noción de corporativismo desde una mera limitación a horizontes gremiales o luchas económicas, hasta todo tipo de aislacionismo obrerista respecto a las otras masas explotadas. Según Gramsci, para comprender y poner en práctica la hegemonía, antes de todo habría que tener en cuenta los intereses y tendencias de los grupos sobre los que el colectivo dirigente debe hacer sacrificios de tipo económico y corporativo. Para poder efectuarlos, debe darse un cierto equilibrio de compromiso entre dirigentes y el grupo. Aunque el concepto de hegemonía está ubicado dentro de parámetros éticos y políticos, para Gramsci ésta también debe de contraer un compromiso económico. Por tanto, la hegemonía debe estar basada necesariamente en la función decisiva que ha sido ejercida por el grupo dirigente en el núcleo decisivo de la actividad económica (Gramsci, 1975: 55).

Sin embargo, se produjeron ciertos desequilibrios económicos durante la aplicación de este sistema, por lo que el gobierno soviético decidió reinstaurar el control centralizado de la economía. El aumento de los precios de los bienes industriales llevó a los miembros del gobierno a fijar un valor máximo para los artículos no agrícolas a fin de controlar las presiones inflacionistas. El dinero pagado al productor de cereales se vio reducido a mediados de la década de 1920, por lo que los campesinos se negaron a vender su producción a la espera de que aumentara su importe. Pero los controles sobre el valor de los productos industriales y agrícolas resultaron ser ineficaces debido a la actuación de comerciantes particulares que compraban y vendían los artículos de acuerdo con la oferta y la demanda. Bajo la dirección del secretario general del Partido Comunista, José Stalin, que veía en las actividades de los campesinos y los comerciantes particulares una amenaza para el régimen comunista, las cuotas de producción agrícola se reimplantaron en 1929, y en 1930 el comercio privado pasó a ser un delito. Stalin sustituyó la NEP por su propio programa económico basado en los llamados planes quinquenales. En el primero de estos proyectos (1928-1932), la planificación central sustituyó a los mecanismos de mercado y la economía soviética se vio sometida a un estricto control que perduró hasta 1991, año de la desintegración de la URSS.

Al mismo tiempo, Gramsci también subrayó la influencia cultural que debía ejercer la hegemonía del proletariado sobre las clases aliadas. Las ideologías que habían sido desarrolladas previamente, al ser transformadas en partido, entran en conflicto y confrontación entre sí mismas, hasta que sólo una de ellas, o al menos una sola de sus combinaciones posibles, tiende a prevalecer, imponiéndose y propagándose a través de la sociedad. Así, pues, consigue no sólo una unificación de los objetivos económicos y políticos, sino también la de los objetivos intelectuales y morales, planteando todas las cuestiones sobre las que surge la lucha, no dentro de un plano corporativista, sino universal. La hegemonía de un grupo social fundamental ha sido finalmente creada sobre una serie de grupos subordinados

Más tarde, Gramsci denostaba expresamente el uso de la violencia por el proletariado contra las clases explotadas, para fomentar el compromiso como recurso constructivo mediante el diálogo y el consenso en el seno de esas clases. Al hacerlo, volvía a plantear el ya debate tradicional entre dictadura del proletariado, ejercida sobre la burguesía, y la hegemonía del proletariado, ejercida sobre el campesinado, tan agudamente recordada por León Trotsky. Según Gramsci, si la unión de dos fuerzas es necesaria para derrotar a una tercera, el recurso a las armas y a la coerción, y supone incluso que estas se encuentren disponibles, no puede ser más que una hipótesis metodológica.

La única posibilidad concreta es el compromiso. La fuerza puede ser empleada contra los enemigos, pero no contra una parte del propio bando que se desea asimilar rápidamente, y cuya buena fe y entusiasmo se necesitan (Gramsci, 1975: 62). La unión de la que aquí habla Gramsci toma una inflexión mucho más pronunciada en sus textos que en el vocabulario bolchevique. La metáfora rusa de la unión o *smychka* entre la clase obrera y el campesinado, popularizada durante la NEP, se transforma en la fusión orgánica de un nuevo bloque histórico en los *Quaderni*. En este mismo fragmento, Gramsci se refiere a la necesidad

de absorber fuerzas sociales aliadas, para crear un nuevo bloque histórico, político y económico, homogéneo, sin contradicciones internas (Gramsci, 1975: 62). Este nuevo registro que ha perfeccionado este concepto, corresponde al nuevo peso que había sido concedido a la influencia moral y cultural de la hegemonía, mediante el uso que Gramsci hace de ella.

4. Hacia la construcción de una fenomenología de las pasiones.

Tras haber contemplado cómo esta palabra ha sido forjada, quizás deberíamos dar un paso adelante para poder contemplarla con una precisión clara y nítida. Esta nitidez ha sido la aportación más importante de Gramsci a los *Cultural Studies* y a la Teoría Postcolonial, como paso previo a la construcción de una Fenomenología de las Pasiones.

Por esta razón, es necesario recordar los pasajes más célebres de los *Quaderni dal Carcere*, aquellos donde Gramsci contrastó las estructuras políticas de Oriente y de Occidente, sin olvidar mencionar por un instante, las estrategias revolucionarias pertinentes en cada una de ellas. Por una parte, estos textos que acaban de ser mencionados, representan la síntesis más convincente de los términos esenciales del universo teórico de Gramsci. Aunque, por otra parte, este pensamiento se encuentra disperso y esparcido por todas las páginas de los *Quaderni*.

Estos textos no introducen de manera inmediata el problema de la hegemonía. Sin embargo, todos ellos reúnen todos los elementos necesarios para el surgimiento de la hegemonía dentro de una posición dominante en el discurso de Gramsci.

4.1. La configuración del método.

A la hora de pensar en la configuración de este método, debería ser contemplada como punto de partida, la relación existente entre el Estado y la Sociedad Civil. En cuanto a esta relación, Gramsci discute las estrategias rivales de los altos mandos

en la Primera Guerra Mundial, para concluir que sugieren una excelente lección para explicar el error que supondría la defensa de una política de clases tras el fin de la Gran Guerra (1914–1918). Gramsci apreciaba que la guerra se estaba convirtiendo en el principio organizador básico de la sociedad. Cuando el estado de excepción se convierte en regla, y la guerra en condición interminable, se desvanece la distinción tradicional entre la guerra y la política.

Tras la Gran Guerra, la contienda propende a extenderse todavía más, hasta convertirse en una relación social permanente. Aparte del propio Gramsci, esta nueva situación ha sido captada desde entonces por algunos autores contemporáneos, como Michel Foucault, quienes han tratado de expresar esta nueva situación invirtiendo la clásica fórmula de Clausewitz. Puede ser que la guerra sea la continuación de la política por otros medios. Pero puede ser también que la política se esté convirtiendo en la continuación de la guerra por otros medios (Foucault, 1997: 16 y 41; Pandolfi, 2002: 391–410).

Según Gramsci, la guerra se ha convertido en la matriz general de todas las relaciones de poder y técnicas de dominación, supongan o no derramamiento de sangre. Por esta razón, Gramsci divide las estrategias políticas entre guerras de posición y guerras de maniobra. Los propios expertos militares son partidarios de las guerras de posición. Pero creen, sin embargo, que la guerra de maniobra debe ser suprimida de la ciencia militar. Simplemente mantienen que en guerras producidas entre los estados más avanzados industrial y socialmente, la guerra de maniobra debe ser reducida a una simple función táctica, y nunca estratégica. La misma reducción debe hacerse en el arte y la ciencia de la política, al menos en el caso de este tipo de Estados, donde la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja, resistente a las incursiones catastróficas del elemento económico inmediato como son, entre otras, crisis, depresiones, etc. Las superestructuras de la sociedad civil representan el sistema de trincheras surgido del concepto de guerra moderna. En la guerra moderna,

a veces, puede darse un feroz ataque de artillería que parece haber destruido todo el sistema de defensa enemigo y que, de hecho, tan sólo ha causado daños en su superficie externa. El mismo efecto se produce en ciencia política, durante las grandes crisis económicas.

Esta transmutación de elementos estratégicos y tácticos a la escena política y cultural por parte de Lenin, sentaron las bases para un segundo acercamiento al concepto de hegemonía dentro de la concepción que hemos heredado a través de los Estudios Culturales. Esta concepción fue acuñada por Gramsci con una gran precisión para referirse de manera definitiva a las relaciones establecidas entre la clase burguesa y el proletariado. Gramsci opone el concepto de hegemonía al de dominación. Mientras que la dominación es una forma de control social coercitiva, escuetamente política y violenta, la hegemonía es un proceso social continuo de renovación de la influencia sociocultural y económica de una clase sobre otra. El concepto de hegemonía es mucho más amplio que el de ideología o de cultura, ya que se refiere al proceso continuado de construcción de experiencia colectiva, de modelación de significados, de elaboración de valores, de creación de concepciones del mundo y de dirección moral e intelectual de la sociedad. Raymond Williams insiste en que la hegemonía es un proceso constante que se va reconstituyendo perpetuamente a través de la pasión popular, como génesis de su propia cultura. Por esta razón, podríamos hablar de hegemonía como método de una metodología de las pasiones.

En Gramsci, la idea de pasión está sustentada sobre el concepto de valor. Y el concepto de valor surge como resultado de la investigación meticulosa que ha sido efectuada por los mecanismos de la perpetuación del poder que una clase ejerce sobre otra. Para completar este concepto, Gramsci utiliza otra descripción del poder clasista. Gramsci se está refiriendo a la dicotomía que establece mediante los términos distintivos de clase dirigente y clase dominante. La clase dirigente se distingue por

ser capaz de imprimir en la sociedad sus valores y su ideología con el único fin de modelarla a su imagen y semejanza. Es capaz de hacerlo mediante los medios que tiene a su disposición en la sociedad civil, siendo estos la prensa, las instituciones educativas, la Iglesia, etc. Esta situación, a juicio de Raymond Williams (Williams, 1958: 118), sucedió en Italia en los años veinte. Habría que tener en cuenta diversos factores que marcaron el pulso de la Italia de entre guerras, como son la debilidad del liberalismo italiano, la burguesía italiana, la influencia cada vez mayor de las ideas y de las prácticas socialistas y una progresiva descomposición potencialmente revolucionaria de la sociedad. Ante tales acontecimientos, la burguesía utilizó su último recurso para mantener su poder. Y este recurso no era otro que el fascismo. En cuanto a la clase dominante, uno de sus atributos más notables es su necesidad cada vez mayor de utilizar el poder coercitivo del Estado para perpetuar su dominación. Recurre a la utilización del ejército, de la policía y del sistema judicial, entre otros, debido a su incapacidad de mantener el consentimiento pasivo de las clases subalternas, por haber perdido su dinamismo cultural e ideológico. El proyecto político de Gramsci fue el de convertir a los trabajadores en clase. Mediante su proyecto, Gramsci consiguió, por una parte, que la clase trabajadora se sintiera perteneciente a un grupo social con unos intereses antagónicos a los de la burguesía. Por otra, logró que las clases subalternas se constituyeran como una *contra hegemonía* en todos los ámbitos de su vida cotidiana. Según Antonio Gramsci, este es el único modo de conseguir que las clases subalternas se conviertan en clase dirigente de la sociedad. Y, tras un largo proceso de reivindicación política mediante en lucha contra los contenidos de conciencia, se constituya en clase dominante. Esta tensión entre culturalismo y economicismo se reveló creativa, al menos en ocasiones. Alentó una crítica desde el interior de los conceptos marxistas centrales, por una parte, acerca de un fundamento o base económica y social, y, por otra, acerca de una

superestructura cultural. Raymond Williams tildaba de rígida la fórmula de base y superestructura, prefiriendo estudiar aquello que comprendía como las relaciones entre elementos en la totalidad de un medio de vida. Williams se sentía atraído por la idea de hegemonía cultural. Y por hegemonía cultural, el propio Williams sigue las sugerencias de Antonio Gramsci, donde las clases dominantes no solo dominan directamente, mediante la fuerza y la amenaza de la fuerza, sino también porque sus ideas han llegado a ser aceptadas por las clases subordinadas o *classi subalterni* (Williams, 1977: 98-101). La proposición que surge como lucha a favor de establecer y de difundir los contenidos de conciencia es la Hegemonía Cultural como método para la construcción de una Fenomenología de las Pasiones.

5. Hegemonía Cultural como Método.

Para culminar su proceso de articulación como método analítico, la hegemonía cultural debe ser implementada en dos fases. En una primera fase, podría hablarse del proceso de democratización de la producción cultural. Y en una segunda, del cambio social como consecuencia primordial de este método. Para Raymond Williams, este método nace como consecuencia de la relación establecida entre cultura y sociedad. Pero, según Edward P. Thompson, este método tiene como fin estudiar cada cultura específica en su totalidad, como parte integrante, autónoma y complementaria de una superestructura homogénea. Y esta homogeneidad estaría compuesta por el estudio de cada una de las tradiciones culturales erudita y popular (Thompson, 1963). La idea de cultura implica idea de tradición. De ciertas clases de conocimientos y destrezas que habían sido transmitidos de una generación a la siguiente.

Así, pues, no debe ser olvidado que dentro de la misma sociedad pueden cohabitar múltiples tradiciones. Por esta razón, dos claros problemas se contemplan en su seno. En primer lugar, el aparente proceso de innovación al que se ha sometido la tradición puede enmascarar la persistencia de la

propia tradición. El segundo problema sería una consecuencia del primero. Nadie mejor que Pier Paolo Pasolini para hacer una sucinta exposición del mismo. No existe revolución que prescindiera de la tradición (Pasolini, 1972: 182).

En este apartado partiré de lo ya expuesto en los dos primeros, el de la organización de la cultura y el de los medios de comunicación, para describir las ideas de Williams sobre el entramado de instituciones sociales que dirigen y/o condicionan la producción y difusión de los *contenidos de conciencia* que, en la actualidad, moldean los *imaginarios colectivos* y que restringen el libre desarrollo de las subjetividades. Una vez ensayado esto, describiré algunas propuestas de democratización cultural y general de Williams, contextualizadas en las líneas generales de su ideario socialista de transformación.

Según Williams, el entramado institucional que dirige la producción y difusión de contenidos de conciencia puede ser de cuatro tipos: autoritario, paternalista, comercial y democrático. El sistema autoritario se caracteriza por amordazar a los medios de comunicación, en sentido amplio, para someterlos al engranaje total con el que una minoría gobierna una sociedad. Para Williams, el fin principal de tales medios es el de transmitir las instrucciones, las ideas y las normas de la clase hegemónica (Williams, 1958: 121). En un régimen de estas características, el monopolio de los medios de comunicación forma parte necesaria de un sistema político donde la censura es combinada con el control directo sobre los medios, la población y el sistema legal. Este sistema autoritario es característico de las dictaduras fascistas y de las dictaduras estalinistas. Todo sistema autoritario deriva en un sistema paternalista. Un sistema paternalista se diferencia de un sistema autoritario en que el paternalista es un sistema autoritario con una conciencia. El sistema paternalista es poseedor de unos valores y unos objetivos que están más allá del mantenimiento de su propio poder. Ambos sistemas, alegando diversas razones, reclaman el derecho a gobernar. Cuando un régimen autoritario

deriva en paternalista, el autoritario está afirmando “su” deber de proteger y orientar a la mayoría de la sociedad dentro de las maneras de pensar deseables para la minoría. A diferencia del autoritario que tan sólo transmite órdenes, el paternalista transmite valores, costumbres y gustos que justifiquen el poder del grupo gobernante. Williams hablaría de una tercera tipología de Williams, que no es otra que el denominado *sistema comercial*. Por regla general, este sistema se autoproclama contrario al autoritarismo y al paternalismo. Según Williams, el ciudadano tiene el derecho de poner a la venta cualquier tipo de trabajo que desempeña porque todo el mundo tiene el derecho de comprar todo cuanto le es ofrecido. Esta sería la clave de toda libertad de comunicación. Así, pues, se pretende que el mercado asegure la libertad de expresión, y en consecuencia, el control práctico de los medios de comunicación más importantes y, en particular, de los más caros y sofisticados, puede ser encontrado en grupos cuya única característica es la de disponer del capital necesario. Entonces, a efectos prácticos, la falta de representatividad en el control de los medios en sistemas de control autoritario y paternalista puede reproducirse en un sistema que apela retóricamente a la “libertad”, pero a una libertad del capital y no de las personas, si tenemos en cuenta que nuestras sociedades están erigidas sobre inmensas desigualdades económicas (Blackwell, 1997: 48-49).

Según Williams, los sistemas autoritarios y paternalistas acostumbra a combinarse de forma variable en la mayoría de las sociedades. Sin embargo, el cuarto modelo, el democrático, no existe funcionando a pleno rendimiento en ninguna sociedad. Se trata, más bien, de un ideal, de una aspiración, de un modelo teórico que se encuentra en estado de reflexión y debate permanente, mediante la hegemonía como método de análisis. Es un modelo que debería estar basado en el siguiente derecho fundamental de toda la población: el derecho de emitir y de transmitir cultura e información. Un derecho que no podría

ser limitado sin ser ampliamente discutido y decidido por toda la sociedad.

6. Conclusión

Para asegurar la creación de una verdadera sociedad democrática, deben ser creadas instituciones generadoras de servicio público las que, bajo ningún concepto, nunca deberán enmascarar actitudes de tipo autoritario y paternalista. El principio básico que debe presidir estas instituciones es el de la hegemonía cultural. A través de su método de análisis, la sociedad se desarrolla cuando los profesionales de la cultura, *los intelectuales orgánicos*, controlan sus propios medios de expresión de manera ineludible. Este análisis insiste en la necesidad de cubrir las necesidades que el argumento ideológico liberal había dejado al descubierto. Según la concepción liberal, que también había calado en amplios sectores del movimiento obrero, lo “público” se identifica con lo “estatal” y, por consiguiente, los vicios de la gestión burocrática estatal tan sólo pueden ser erradicados mediante la gestión privada y mercantil. Bien es cierto que los problemas de la gestión burocrática pública son considerables. Sin embargo, el método analítico de la hegemonía ha demostrado que la gestión privada no los resuelve.

Desde este método, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, siguiendo a Williams y a Gramsci, apelan a la autogestión de los medios de difusión cultural como la resolución más eficaz que debe ser adoptada por los productores de cultura y por sus profesionales (Laclau & Mouffe, 1987: 86-92). De este modo, la hegemonía cultural ayudará a escapar de una gestión controlada por burócratas diletantes apelando a la responsabilidad pública de la administración. Otras condiciones indispensables que la hegemonía ofrece como método analítico son las de conseguir un sistema de difusión libre y transparente. La burocracia debe estar en función de la sociedad y nunca al contrario. Nunca debe de ser el velo que cubra la manipulación política. Los gobiernos no deben ejercer control alguno sobre

los artistas y productores de cultura. En cuanto a la asignación de recursos, estas decisiones deben sean tomadas de forma pública, con extensas discusiones, que posibiliten su crítica y revisión posterior. Por estas razones, una progresiva democratización cultural sería un enorme estímulo para la defensa activa de la democracia en general.

Bibliografía

- Asor, R. (1976) *Scrittori e popolo*, Roma, Savelli
- Blackwell, A. (1997). *Recordando a Raymond Williams en el décimo aniversario de su muerte*. Enrahonar. Cuaderns de Filosofia, nº 28, Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions, pp. 33-53
- Boothman, D. (2008). *The Sources for Gramsci's Concept of Hegemony*, Rethinking Marxism, 20:2, pp. 201 — 215
- Butler, J., Ernesto, L. & Slavoj, Z. (2000). *Contingency, Hegemony, Universality*, London, Verso
- Cortés-Ramírez, E. (2012). *La luz de los otros. Edward Said y la revolución cultural del Orientalismo*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la UAM, Colección Estudios nº 152
- Fontana, B. (1993). *Hegemony and Power on the Relationship Between Gramsci and Machiavelli*, Minneapolis, University of Minnesota Press
- Foucault, M. (1997). *Il faut défendre la société*, Gallimard-Seuil, Paris
- Gramsci, A. (1975). *Quaderni dal carcere*, a cura di Valentino Gerratana, Einaudi, Torino

- Hamilton, G. y Woolsey, N. (1988). *Market, culture, and authority: A comparative analysis of management and organization in the Far East*. American Journal of Sociology, pp. S52-S94
- Hobsbawm, E. (1987). *The Age of Empire*, New York, Pantheon Books
- Ives, Peter. (1988). *Language & Hegemony in Gramsci*, London, Pluto, New Edition: 2004
- Kapur, R. y Tayyab M. (1999) *Hegemony, Coercion, and Their Teeth-Gritting Harmony: A Commentary on Power, Culture, and Sexuality in Franco's Spain*. University of Michigan, JL Reform 33, p. 411
- Laclau, E. y Chantal M. (1987). *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*, London, Verso
- Lenin, V. (1981a) *Obras Completas*, Vol. 6, Editorial Progreso, Moscú
- _____ (1981b). *Obras Completas*, Vol. 17, Editorial Progreso, Moscú
- _____ (1981c). *Obras Completas*, Vol. 34, Editorial Progreso, Moscú
- Martov, J. (1901). *Vsegda v Menchistve. O Sobremennvkh Zadachakh Russkoi Sotsialisticheskoi Intelligenstii*, Zarya, N°. 23, Diciembre, Moscú
- Nelson, C. y Grossberg, L. eds. (1988). *Marxism and the Interpretation of Culture*, London, Macmillan
- Pandolfi, A. (2002). "Foucault e la Guerra", *Filosofía Política* 16, n° 3, Diciembre de 2002, pp. 391 - 410.
- Pasolini, P. (1972). *Empirismo Eretico*, Gli Elefanti Saggi, Prefazione di Guido Fink, Milano, Garzanti
- Said, E. (1975). *Orientalism. Western Conceptions of the Orient*. Routledge & Kegan Paul Ltd., Reprinted with a New Afterword by Penguin Books, 1995
- _____ (1993). *Culture and Imperialism*, London, Chatto & Windus
- Thompson, E. (1963). *The Making of the English Working Class*, 2 vols., London, Vintage
- Spivak, G. (1985). *¿Can the Subaltern Speak?* Wedge, 7.3, pp. 120-130; también en Cary Nelson & Lawrence Gossberg (ed.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, London, Macmillan, pp. 271-313.
- Trotsky, L. (2007). *Historia de la Revolución Rusa*, Madrid, Veintisietelettras
- Turner, B. (1999). *Orientalism, Globalism and Postmoderism*, Routledge, London
- VVAA. (1969). *Manifestes. Thésés el Résolutions des Quatre Premiers Congres Mondiaux de l'Internationale Communiste 1919-1923*, Paris, 1969. Existe versión española: VVAA (1970), *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Buenos Aires, Col. Pasado y Presente.
- Vega, M. (2003). *Imperios de papel: la crítica literaria postcolonial*, Barcelona, Crítica
- Williams, Raymond (1958). *Culture and Society*, London, Blackwell
- _____ (1977). *Marxism and Literature*. Oxford, Oxford University Press

Wilson, E. (1940). *To the Finland Station. A Study in Writing and Acting of History*, New York, Harcourt Brace & Co., New Edition: London, Phoenix, Orion Books, 2001